El incendio de Granada

Por José Dolores Gámez

(INÉDITO)

Capítulo aparte dedicaré al triste episodio de la destrucción de la sultana del lago, de aquella histórica población fundada á mediados del siglo XVI por el conquistador español Francisco Hernández de Córdova y á la que le dió el nombre de la célebre capital morisca del reino de Andalucía, cuna de su nacimiento.

Granada, en 1856, era la capital de la república y la residencia del presidente filibustero, William Walker y su gabinete. Sobre ella marchaban los ejércitos aliados, entonces en Masaya, y la horda filibustera corria peligro de quedar embotellada. Walker se vió obligado á desocuparla en busca de un cuartel general de mejores condiciones en el departamento del Mediodía; pero antes de hacerlo y sin otro objeto que el de aterrorizar exhibiendo su ferocidad, dispuso reducirla á cenizas, previo saqueo en favor de sus huestes vandálicas. La notificación de semejante orden al vecindario pacífico de la ciudad produjo una impresión dificil de ser descrita.

Del incendio de Granada, que recuerda las antiguas fechorías de los filibusteros y piratas en las colonias españolas, he encontrado algunos detalles en los papeles públicos contemporáneos y con ellos me auxiliaré para reconstituirlo en estas páginas perfilándolo con la pluma.

El 15 de Noviembre de 1856 se presentó Walker en Masaya, á la cabeza de una numerosa columna de filibusteros, en la que se había agregado Henningsen con su batería de morteros nuevos. Rompió los fuegos con la impetuosidad que acostumbraba; pero como la toma de la plaza no resultó tan fácil como deseaba y él estaba además preocupado con el temor de que las fuerzas costarricenses, que avanzaban sobre Rivas, le arrebatasen la línea del tránsito, ó sea su artería de vida, resolvió retirarse y volver á Granada á hacer sus preparativos para abandonar aquel departamento y concretarse en el Meridional, en donde estaba entonces su mayor interés.

Después de unas pocas horas de descanso y á eso de la media noche. los filibusteros levantaron silenciosamente el campo, abandonando las casas que ocupaban en Masaya, y tomaron el camino de Granada, donde llegaron en la madrugada del 18. Pensaba Walker que por la mala situación en que dejaba á los aliados en Masaya, no podrían éstos causarle molestias ni menos obstaculizarle la evacuación tranquila de la ciudad; pero no se conformaba con ésto solamente, pues quería destruirla y dejarla reducida á cenizas para castigar, dicía á los legitimistas; y como para hacerlo se necesitaba de habilidad y firmeza, en defecto suyo resolvió confiarle ese encargo á Henningsen.

Hay que decir que la situación de Walker en Granada había llegado á ser desesperante, pues tenía cortadas sus comunicaciones con el llano de Ostócal, centro de grandes criaderos de ganado vacuno, de donde anteriormente sacaba grandes partidas, y con Masaya que le proveía de granos para sus tropas; y que esa situación aflictiva pudo tambien obligarle á trasladarse á Rivas en busca de medios de subsistencia.

"Los preparativos para la retirada de Granada, dice Walker en su *Guerra de Nicaragua*, principiaron el 19, conduciéndose abordo del vapor á los heridos y enfermos del hospital para llevarlos á la isla de Ometepe; y á fin de hacer el movimiento lo más expedito posible, se ocuparon para el transporte los dos vapores del lago, *San Carlos* y *La Virgen*, con el objeto de tener todo listo para la marcha á San Jorge ó Rivas después de la destrucción de Granada, porque calculaba que los enseres del gobierno y las provisiones estarían en La Virgen del 21 al 23 á más tardar; pero el movimiento se atrasó por varias causas. Los oficiales y soldados tenían muchos objetos de su propiedad en varios puntos de Granada y cada uno procuraba salvar lo que le pertenecía; además de que, apenas se divulgó la noticia de la próxima destrucción de Granada, principió la obra del saqueo; y como había abundancia de licores en varias casas, casi todos los soldados en servicio estuvieron bajo su influencia. Vió Henningsen que era imposible poner límite á los excesos de los oficiales, porque éstos á su vez habian perdido toda autoridad sobre sus subalternos; pero con todo logró que Fry llevase á la isla á las mujeres y los niños americanos, así como á los enfermos y heridos, quedándose allá con una guarnición de unos sesenta hombres. Henningsen á su vez, tan luego como hubo trasportado abordo la mayor parte de las municiones de guerra, se preparó para principiar la destrucción de la ciudad por medio del incendio de sus edificios; pero mientras trabajaba en ésto, aumentó la sed de licores de su gente, creyendo los soldados que era una lástima que se perdiera tanto buen vino y cognac; y á despecho de las guardias y centinelas, y de las órdenes de los oficiales, la borrachera siguió adelante y la ciudad presentaba más bien el aspecto de una vasta orgía que el de un campamento militar."

Tal es lo que confiesa Walker; pero existe, publicado en uno de los periódicos centro-americanos de aquellos días, una extensa relación del incendio de Granada, que refiere lo que aquel calló. De ella tomaré datos para ampliar la relación de Walker,

Antes de su partida de Granada dispuso el jefe filibustero llevarse cuanto de valor y de fácil trasporte se pudiera sacar de la ciudad en los vapores del lago que estaban á sus órdenes; y una vez satisfecho zarpó con rumbo á las playas de Rivas á organizar su nuevo cuartel general.

Henningsen quedaba en Granada encargado de la ejecución del incendio. De su orden hubo previamente una parada de todos los filibusteros existentes en los cuarteles, á la que también concurrieron varios heridos y algunos vagos, llegando todos sin armas ni cartucheras. A las compañías primera y segunda de rifleros, que gozaban de fama como listas, les fué señalado el puesto de honor. Un orador apareció en seguida y pronunció un discurso en que les manifestó que el general Walker, impuesto y condolido de que en los últimos ocho meses no hubieran recibido sus tropas el sueldo que devengaban, les permitía que lo cobrasen directamente del vecindario, pues Granada estaba sentenciada á ser incendiada y saqueada en aquel día y el General estaba de acuerdo en que se adueñasen de cuanto pudieran, con excepción del oro y la plata de las iglesias que él reservaba para los gastos del estado. Aquella declaración fué acogida por todos con gritos y palmoteos de entusiasmo.

El orador reclamó en seguida el silencio de las filas, para dar lectura á varias órdenes escritas en un pliego que sacó del bolsillo, y las cuales formaban parte adicional de la orden general del día, Decían así:

"El capitán Dolan conducirá á su compañía abajo de la calle de San Sebastián y más allá de la iglesia del mismo nombre hasta los últimos límites de la ciudad, y quemará toda casa ó iglesia que esté á cualquier lado de la calle hasta la plaza.

"El capitan Melhesney llevará la fuerza de su mando abajo de la calle del Arsenal, más allá de la iglesia de San Francisco, y comenzando desde la playa quemará toda casa ó iglesia que se halle en cualquier lado de la misma calle hasta llegar á la plaza mayor.

"El capitán Ewbacks se servirá pasar con iguales órdenes á la calle de los Cuadras, más allá de la iglesia de Jalteva.

"El capitán O'Regan, abajo de la iglesia de Guadalupe y más allá de la iglesia del mismo nombre."

Sería fastidioso continuar con los demás nombres de incendiarios designados

Basta saber que hubo un oficial para cada calle, encargado con su pelotón respectivo de ir incendiando los edificios, sin excepción alguna y autorizado para matar si fuese necesario, robar y tomarse otras libertades que por sabidas las callo.

Con nuevos gritos de alegría y aclamaciones frenéticas á *Guillermino* (nombre que daban familiarmente á Walker) fueron acogidas aquellas instrucciones, despues de cuya lectura desfilaron todos muy gozosos á dar principio á la ejecución de aquel encargo, tan conforme con sus antecedentes y aspiraciones. A los capitanes encargados de los cuatro grandes grupos principales, se les llamó antes aparte y les fueron comunicadas ciertas órdenes secretas que, según las risotadas de algunos y las sonrisas de satisfacción de otros, encerraban lo más apetecible de la "chanza", que desde hacía varios días les había sido revelada en secreto á muchos de ellos.

Seguidamente se impartieron órdenes superiores directas al mayor O'Neil y al coronel Sandres para que inspeccionasen la obra de la destrucción de la ciudad é informasen del resultado.

El incendio de la ciudad comenzó por las chozas pajizas que había en los barrios, continuando con las de paredes de adobes y techos de tejas y convergiendo hacia el centro de la población. El consumo de licores saqueados fué excesivo y produjo sus naturales consecuencias en aquella gavilla de malhechores, los que en el furor de la embriaguez se entregaron á la más densenfrenada orgía al resplandor rojizo del incendio, llevando su fiereza hasta asesinar en las calles, entre vociferaciones insultantes, á algunos vecinos que estaban ocultos y quisieron sacar algo de sus abrasados hogares. I mientras el terror y el espanto embargaban los ánimos de los desgraciados moradores que buscaban su salvación en la fuga, salían de algunos hogares sin incendiarse aún, gritos desesperantes y lamentos de mujeres violadas en el interior, que eran contestados con obcenas risotadas por los que estaban afuera.

En la plaza mayor se habían congregado una muchedumbre de mujeres y niños que huian de las llamas. De aquellas lloraban unas silenciosamente, se golpeaban con desesperación la cabeza ó se retorcian con violencia las manos, mientras otras clamaban lastimosamente á Dios pidiéndole á gritos que los amparára, ó bien casi locas se desataban en denuestos y maldiciones contra los infames yankis. De pronto, cuando las primeras llamas no habían aparecido aún sobre el techo de la Parroquia, que daba frente á la muchedumbre, fué abierta de par en par la puerta mayor de la iglesia y aparecieron cuatro filibusteros llevando en andas sobre los hombros una imagen de Jesús Nazareno, de tamaño natural que allí se veneraba y se la designaba con el nombre de "Jesús de las Jiménez." Detras de la imagen y revestidos grotescamente con los ornamentos sacerdotales iba una turba de beodos, en son de mojiganga, ostentando con ridiculez casullas, albas, capas, estolas, bonetes y toda cuanta más indumentaria del culto católico fué encontrada en la sacristia; parodiando de aquel modo una procesión, que avanzó lentamente, cantando todos canciones indecentes hasta entrar en una taberna que llamaban "Casa de Walker" quizás por guasa. Allí llegó á su colmo la algazara, y aumentaron las carcajas y las chacotas groseras al poner la imagen en el suelo para que presidiese la mesa, en cuyo derredor se colocaron, tomando asiento, á celebrar lo que llemaban *la última cena del Señor*, la cual terminaron entre botellas, rompiendo sobre la cabeza de la imagen todas las que iban vaciando.

(Concluye en el siguiente número.)

Si los que forman el actual Gobierno de Nicaragua fuesen hombres conscientes y estuviesen bien penetrados de sus deberes de ciudadanos y de gobernantes, no habrían firmado en manera alguna el Tratado de vasallaje que no tiene precedentes en la Historia de la Humanidad, y que está reñido con las doctrinas más triviales del Derecho Internacional.

Ramón Rojas Corrales

Por amor á nuestra Patria es que vivimos; por ella es que acumulamos siempre nuevas energías para defenderla; pensando en ella, mantenemos, sin vacilar ni palidecer, nuestros reclamos ante el poderoso que la sujeta: pensando en ella es que confiamos en que alguna vez se nos oirá, si mantenemos firme nuestro derecho ante el ara de la Justicia; pensando en ella, nos regocijamos ante la perspectiva de una próxima redención, y pensando en ella, en fin, es que sonreimos ante la felicidad de otros pueblos y ante la alegría de otros hogares.

Alejandro Bermúdez.

En materia de autonomía debemos ser radicales hasta el fanatismo.

Rosendo Argüello

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.